

los Jesuitas con todas sus fuerzas; mas no trataban de pasar por necios é ignorantes, y los mismos parlamentos franceses en sus (*Comptes rendus*), que lo recogieron todo y á quienes nada pareció mal, no se atrevieron á hacer uso de estas *Instrucciones*. Era necesario, el tiempo en que vivimos, un odio, que exceda á todo odio, y una ignorancia, que sobrepuje á toda ignorancia, para tener la osadía de renovar esta indecente y estúpida acusacion.

¿Mas qué han hecho los Jesuitas para excitar en su contra esta especie de odio, que toca á frenesí; odio que despues de tres siglos se transmite de generacion en generacion, sin haber perdido nada de su fuerza, ni disminuido un poco su actividad, nutriéndose de las mismas mentiras, repitiendo las propias injurias, excitando las persecuciones de siempre, produciendo sin cesar calumniadores, falsarios, jueces prevaricadores, confiscaciones, proscripciones y hasta asesinatos jurídicos? Este odio enfarecido tiene alguna cosa de sobrehumano, ¿por qué, si no, se encarniza **SOLO** en este Orden religioso, dejando en paz á todos los otros? En una palabra, ¿qué es lo que pasa con los Jesuitas, y qué han hecho estos? ¿Cómo han podido merecer de parte de los malvados y de los impios esta singular preferencia? Se ha podido ya entreverlo por todo lo que ha precedido: nosotros acabaremos de explicarlo en otros documentos.

EL

BANQUETE DE VERSALLES,

6

LOS JESUITAS,

POR

MR. NATALIS ROSSET,

ANTIGUO ABOGADO FRANCÉS.

„Empero si ya sabeis
Que contra justicia vais,
No hay para que amontoneis
Papeles, que aunque mas deis,
En vano los derramais.”

(DOCUM. IMPORT. PAG. 360).



MEXICO: 1842.

IMPRENTA DE LUIS ABADIANO, A CARGO DE J. MATEOS,
calle de las Escalerillas número 13.

NOTA DEL AUTOR.

Tres parisienses amigos, aunque de distintas opiniones, hacian por lo comun todos los jueves, durante la estacion de la primavera, un paseo á Versailles, y se les servia la comida en una fonda, á la que tambien concurría multitud de ociosos extranjeros y del pais. Regularmente mientras comian solos en un pequeño gabinete, cuya ventana daba al patio de la casa, disputaban sobre materias de opinion, y sus amenos discursos atraían algu-

EL

MANIFIESTO DE VERSALES.

MEXICO: 1842.

IMPRESA DE ESTE ARABIANO, A CARGO DE J. HAYES,
calle de las Escuelas número 23.

nas veces la curiosidad de los que se hallaban reunidos en la pieza inmediata, desde donde podian fácilmente ser escuchados. Uno de estos concibió un dia la idea de escribir sus conversaciones para divertirse con sus amigos; y así es como ha llegado á nosotros el manuscrito que publicamos, juzgándolo de alguna utilidad en la cuestion que hoy ocupa á todos los verdaderos amantes de la Religion y orden social.

EL BANQUETE DE VERSALLES.

—o:00000000:0—

EL VIZCONDE.

EL CABALLERO. EL ABOGADO.

El Abogado. Vamos, mi apreciable Vizconde, vos estais distraído. ¿Es posible que teniendo tanto ingenio, aun conserveis tan bárbaras preocupaciones? Vos discurreis como en tiempo de la buena Reina Berta, y olvidais que vivimos en el siglo de las luces. Si los ultramontanos suspiran por los bellos dias de Gregorio VII.; el hombre honrado debe gemir sobre semejantes delirios, y gloriarse de marchar con sus contemporaneos.

El Vizconde. Alto ahí, Señor Licenciado; perdonad si os interrumpo. El hombre de bien, decís, debe marchar con sus contemporaneos; distingamos, si me lo permitis: el debe marchar con el siglo, si el siglo es razonable, yo estoy de acuerdo; pero si acaso esto no es así, haciéndolo vuestro hombre honrado, seria un loco de atar. En vano pretendéis aturdirme gritando, que nosotros vivimos en un tiempo de luces y de filosofía; es necesario, si quereis darme gusto, probarme esta proposición, antes de establecerla como principio y mirarla como un axioma.